

Wie hoch steht der Kurs?

Verdad, lo de la lengua acompañante del Imperio, sea el que hacen las armas, o el de la riqueza, o el de la cultura. Los antiguos hijos de Roma, nada mancos en esquilmar provincias, sembraban, por lo menos, la voluntad de domar la siempre indócil materia que es el lenguaje. Largos siglos después, para los verbos de Castilla, incluso los defectivos, no se ponía el sol. Y por venir de un salto a las propias vivencias de mi edad adolescente, aquellos años belicosos en que a nuestro bachillerato se le injertaban de prisa y corriendo el italiano y el alemán. Lo que siempre se había considerado como indispensable era el francés. Y siguió. Mal que bien, en la heroica academia comarcal donde íbamos por libres, el "avoir" y el "être" eran las llaves de un mundo fabuloso. Nunca llegaré a cancelar la deuda que me resta con don Tarsicio Seco y Marcos, Catedrático numerarlo, por oposición, Diploma Superior y Medalla de oro de la Alianza Francesa de París". Porque, ciertamente, aun torturándonos con las conjugaciones irregulares -¡pero qué culpa tenía él!-, don Tarsillo, con sus libros de texto, nos abría las fronteras. ¡El extranjero! Ejercitando sus diálogos entregábamos la maleta al "porteur", comíamos en el coche restaurante del tren, nos hospedábamos en el Royal de París y recorríamos las salas del Louvre. El alemán, cuando llegó, resultaba menos alegre, sobre todo aquellas palabras largas como un tren de mercancías. El italiano, menos mal. Lo escogían muchos, asegurando que se entendía igualito que el español. Era una exageración optimista. Aún recuerdo los fragmentos de D'Annunzio, Papini, Pirandello... También Pietro Badoglio ("Si entra in Addis Abeba..."), Farinelli, Arnaldo Mussolini. Y el propio Duce, escritor.

¿Y ahora...? Yo creo que nunca como hoy se ha instalado en la sociedad el afán de entenderse directamente con todo el mundo. Abramos el periódico. Cuento por decenas las llamadas. Todo son promesas alentadoras, temerarias a veces. Aseguran los anuncios que en tal tiempo -a veces brevísimo- se estará al cabo de la calle. Alguien habla de "vendernos un idioma" en pocos meses. Lo que anima a la gente, sobre todo, es el "no se necesita gramática". Y los medios audiovisuales. Oír, ver... Y no callar. Las horas libres en casa; o esos minutos perdidos, ahora con los discos o el magnetófono poniendo letanías de fondo a nuestro afeitado. Hay periódicos que insertan gratuitamente, generosamente, como el horóscopo y el crucigrama, su curso completo de un idioma. Y hasta la Telefónica (cuyas acciones Dios aumente), como si quisiera hacerse perdonar largos años de "dos horas de demora·no·reclame antes por favor", se incorpora al tema con una novísima posibilidad barcelonesa y madrileña que aún no

sé, honradamente, en lo que consiste de verdad. Todo esto, claro está, para quien no pueda marchar a beber en la fuente. En el parisiense boulevard Raspail reside una industria exportadora de la lengua de Molière -como dice el tópico, que a saber si es la manera menos tónica de hablar-. Y qué contar de alguna institución de la costa de Dover, donde no está feo ingresar en la más entrada madurez, por lo que aquello tiene de hotel, de colegio... y de balneario.

Algún caso habrá en que la causa de esta devoción sea la pura amistad hacia el saber. En algún otro, el mero lujo de entenderse mejor en la Costa del Sol, en la Costa Verde, en la Costa Blanca, en la Costa Brava, en la Costa de Azahar, en la Costa de la Luz. Pero las más de las veces es un pragmatismo cuya clave aparece en el mismo periódico. Leo que hacen falta "businessmen", "executives", "maîtres". Para las azafatas -¡Por fin sin comillas!- han rebajado, creo, las exigencias en cuanto a estatura (decisión plausible, pues además de llevarse mucho la mujer menuda, como quería el arcipreste de Hita, siempre será menos peso); pero no se perdona lo de la poliglotía. Y aún salen recuadros escritos en el mismo idioma cuyo conocimiento se exige, directísima manera de encaminarlos a quienes verdaderamente pueden ser sus destinatarios.

Hablábamos de las lenguas en general. Luego viene lo de si ésta o aquélla. El francés de la exquisita literatura y de los modistas. El inglés... de los norteamericanos. El ruso, porque se acortan las distancias... Yo no sé si los sagaces oteadores de la vida internacional, los que atienden a los mínimos gestos de un canciller, al color alegre o sombrío de una corbata, al tono de un discurso, a las oscilaciones de las Bolsas mundiales, prestarán la debida atención al mercadillo de los idiomas. Un amigo mío, empresario de una escuela nada desagradable ni en lo audio ni en lo visual, pues que está servida por profesoras nativas y minifalderas, me dice que últimamente -las elecciones, el marco, lo que sea- se advierten ganancias de algunos enteros para la lengua de Goethe Y de Schiller. Del autor de "Das Kapital". Del de "Mein Kampf".

Antonio PEREIRA